

## VII

### FIN DE SIGLO EN LOS FINES DEL MUNDO

El Santiago colonial, en los quintos apurados del orbe, era una ciudad relativamente tranquila a ciertas horas, con suburbios peligrosos; pero hasta la guerra lo eran también los alrededores de Notre Dame de París. La gente que no habitaba el centro trataba de recogerse temprano. En cambio, tenía la capital de Chile ventajas que ha ido perdiendo, de sencillez y belleza naturales, con una aristocracia muy a caballo en sus principios, grandes bailes, temporada lírica en la cual estaban abonados los palcos por derecho de abolengo.

Venían grandes artistas, la Gaby, Luisa Tétrazzini, Aramburo. Los dos extremos de la prensa se tocaban: el viejo "Ferrocarril", donde colaboraban directamente escritores como Arsenio Houssaye; "El Chilenito" o "El Chileno", nacido conjuntamente con Cristián el año 82, al precio de un centavo y que había pasado a valer hasta dos, por sus folletines encuadernables, junto a sus colegas a cinco centavos. Don Carlos Lathrop publicaba cada año en la imprenta de la librería de don Federico, su "Almanaque Pintoresco y Divertido", juzgado sicalíptico. De Estados Unidos venía el "Bristol", cuyas historietas gráficas constituían un deleite. Otro almanaque ostentaba en su portada un surtidor de Agua Florida de Murray y no sé cuántos. Y esto componía la biblioteca del pueblo, y las novelas de Fernández y González y Pérez Escrich, la primera entrega con preciosos cromos echada gratis por debajo de la mampara; un negocio de don Antonio Bindis y de "La Joya Literaria", más o menos donde ahora está Nascimento, el editor de Cristián Delande.

El alumbrado de la Plaza de Armas, con hermosísimos globos redondos a gas. Arriba del Portal Fernández Concha, el Hotel de Francia. En el otro portal, el Mac Clure, o mejor dicho, en los otros soportales, una especie de cueva habitada por don Pedro Montt y encima el restaurante Valparaíso. Los "pijes" se paseaban, como ahora, dando por Huérfanos entre Ahumada y Estado la vuelta a la manzana. Gage era su "Fornos". El Hotel Oddó estaba donde está. La Catedral, lóbrega, tenía vigas renacimiento español. Se en-

traba por la puerta de la Plaza, en verano, y se salía por la de la calle Bandera, después de haber recibido como un baño de penumbra y de frescura. Una vez, Cristián sintió como una mano que lo obligaba a retenerse; se había detenido justo al borde de la tumba abierta de un obispo sepultado la víspera, don Joaquín Larraín Gandarillas, el que dijo en la Cámara siendo senador, que un hijo de carpintero debía ser carpintero y herrero un hijo de herrero. El Correo, la Municipalidad...

Mucho después debía evocar Cristián ese jirón, en la Puerta del Sol de Madrid, con su Ministerio de la Gobernación y su reloj como el de la Intendencia. Lo que no consiguió ni ha conseguido esclarecer nunca es el significado del monumento al centro de la Plaza. Esta tenía entonces, entrecruzándose a manera de emparrados de hierro recubiertos por enredaderas de pluma. Tocaba la banda y el populacho rodeaba el tabladillo de la música, entretanto la "high life" paseaba frente al Arzobispado y al templo metropolitano, pasando las niñas entre dos hileras de jóvenes. Las más se sentaban en los bancos o esperaban en los coches. La tracción era "de sangre", es decir tirada por caballos, algunos con colleras de cascabeles; con cobradoras llamadas no se sabe por qué "conductoras", que usaban un sombrero Sara Bernhardt, con la placa de su respectivo número. Si eran bonitas, y solían serlo, no duraban en el servicio y pasaban a otro. Lo que más le gustaba a Cristián era viajar en la imperial de los tranvías. El billete valía arriba una ficha negra, o sea dos centavos y medio, y

el doble abajo, una ficha colorada. Sobre todo le encantaban ciertas líneas como Maestranza, Cañadilla, pues llegadas a término, tenían una tornamesa para hacer girar el vehículo. El niño no consentía apearse antes de haber dado la vuelta en redondo. Los coches de punto parecían "baratas" o cucarachas y debían de anidarla o por lo menos tenían su mal olor. Los cocheros todavía usaban manta o poncho, según la estación, con enormes fustas y servían de correveidiles. Se iba a "La Recova" para todo, pasando antes delante de la Bomba. En el Mercado o Plaza de Abasto había cocinerías para la cazuela de ave, al mediodía, y el valdiviano. En la mañana, las robustas placinas servían en grandes chocolateras de lata con molinillo de palo, un chocolate espumoso un tanto aladrillado, de leche un tanto clorótica y tostadas de una mantequilla rancia, pero invisible. Sin duda ha sido lo que más ha estimado Cristián como desayuno. Valía cada taza diez centavos y cada pan cinco. Tomarse tres y comerse cuatro suponía el despilfarro de medio peso, sin propina. A las fruterías de la calle de la Nevería, venían frutas exóticas, como las piñas con olor a magnolias y otras llamadas plátanos, excesivamente caros, pues no costaba cada uno menos de "un diez". Cuando pudo darse el lujo de pagarse la docena, Cristián quedó empachado de bananas hasta hoy, y en sus estadas en la India y el Perú, donde se daba una cabeza entera por una "pice" o un centavito, los miró como un hombre ya de vuelta de toda concupiscencia.

En cambio, había las fiestas y esas tenían un sa-

bor y un color que seguramente ya no tienen. Sin hablar del Dieciocho, el cual empezaba el 15 y acababa el 21, la Pascua y el Año Nuevo, claveles y albahaca “pa las niñas retacas”. Gravemente anunciaban los improvisados mercachiles:

*Pescado frito,  
Con ensalada  
Y carne asada;  
Debajo la mesa  
Stá la bolada  
El que tiene plata  
Pasé pa acá;  
El que no la tiene  
Vaya pa allá.*

Se vendía ponche y aloja. Las gentes tranquilas iban a tomárselos con alfajores y dulces chilenos donde la Antonina Tapia, a la entrada de la calle del Dieciocho. Las populares seguían hasta el Mercado Central, abierto toda la noche y rebosante de animación. En el curso del Paseo de las Delicias y a lo largo de sus dos acequias (Cristián alcanzó a conocer los álamos llenos de “cuncunas”, que le dieron su nombre de Alameda), desde los Tajamares hasta la Avenida de los Pajaritos y la Pila del Ganso, se encendían fuegos artificiales, y los bodoques solían caerse al agua. Luego se aquietaba la ciudad, con las vacaciones. El aguatero, el escobero y el caballo del pastero la despertaban cada mañana, y el carretón de la basura con su cam-

panilla. A veces la del Santísimo hacía presentar armas a los centinelas y arrodillarse a las gentes hasta en el tercer patio de sus casas. Para las fiestas habían estrenado todas las mujeres, ricas y pobres, sus trajes nuevos de percal y todos los hombres el sombrero de paja o la chupalla de la estación. En el otoño empezaban los santos, con sus jamones aplanchados, a dos pesos y sus pavos de tres y con grandes tortas y castillos de gajos de naranja confitados, en una armadura de almendrado. Había que chupar el palo. Un angelito remataba la pieza y en cada naranja claveteada de clavos de olor se plantaba una banderita chilena. Los Manueles, San Luis, San Juan, San Pedro, el Carmen, Santa Ana, esos eran santos con mistelas de todos colores y sabores. Después sobrevénía un agosto un tanto vacío, lluvioso, pero con castañas cocidas, mote de maíz (motemey) calentito y tortillas al rescoldo, de dulce y de grasa. Entre la lluvia se veía zozobrar el farol del tortillero:

*¡Al rescoldo tostaitas...!*

Vuelto el verano oloroso a fresas en árguenas (las frutillas de Renca, a ficha la mano, sobre frescas hojas con olor a leche de higuera), íbase a los Guindales de Mena y por una moneda ínfima comía cada cual cuanto podía hasta la "lepidia". El 1.º de marzo hacía su aparición oficial la "chicha baya". El vino se servía con panales o azucarillos. Entonces empezaban los "causeos". El choclo nuevo figuraba en los locros

falsos y en el charquicán y el cochayuyo y, ya granado, se servía con el puchero o cocido, entraba en las humitas picantes y dulces y en el pastel. Y en todo tiempo, en cada esquina de calle había empanadas “de pasa, aceituna y huevos”, chorreantes de ají de color; después se bebía un anís “de a cinco”.

La cerveza “marca cáñamo” venía en botellas de barro cocido o cerámica, admirables para contener agua caliente y ponerlas a los pies de la cama. Primaba la Lager y la Pilsener. Y existían unas botellas de gaseosas con una bolita de cristal como tapón. Ya se usaban, como hoy, los sifones, únicamente que los servían de balde en los restaurantes, como en muchas partes era gratis el vino de mesa, como al que compraba un melón se le regalaba uno de olor, y como en las cigarrerías agregaban a cada cajetilla de cigarrillos una caja de fósforos.

Los guardianes de punto apodados no se sabe por qué “pacos”, como en España se les llamaba “guindillas”, tenían todos mostachos y un pito de hueso para pedir auxilio. Solían sostener descomunales batallas con los beodos, en las que los curiosos nunca se ponían de parte de la autoridad.

Los soldados llevaban todavía kepí y dolmán franceses y pantalón rojo como en Sedán y en Chorrillos, y los generales y almirantes retirados, don Patricio Lynch, Condell, Erasmo Escala, don Estanislao del Canto, Baquedano, sañían los domingos vestidos de uniforme. Cristián se cruzó durante mucho tiempo con el vencedor de la Guerra del Pacífico precisamente en

la calle que lleva su nombre ahora; y ahora, como entonces, suele saludarlo cuando lo ve en su estatua ecuestre de la Plaza Italia, destacándose sobre las puestas de sol de la cordillera. En los días de parada todos ellos montaban a caballo y lucían casacas bordadas de oro, grandes charreteras, sombreros apuntados con plumas. El de Korner era inconmensurable. Ser General de la República resultaba algo deslumbrante y deslumbrador.

Algunas de las fiestas religiosas eran cívicas como la procesión de Nuestra Señora del Carmen, patrona precisamente del Ejército y la Armada, y la de ese torvo Señor de Mayo (el 13), patrono en cierto modo de la capital de la Quintrala, aunque ésta se llame Santiago de Nueva Extremadura. También el Corpus, con "Nuestro Amo" bajo palio, en las manos enguantadas de morado de Monseñor Casanova, con sus altares de parada en las cuatro esquinas de la Plaza de Armas, y los balcones con tapices del Palacio Arzobispal. En Cuasimodo salían de cada Curato carrozas rojas y con una custodia dorada pintada en la trasera, donde iba el Sacramento, precedido de una cabalgata de huasos a caballo con pañuelos de seda a la cabeza y mantas multicolores y escoltado por un pelotón de caballería militar. Así se detenían con guatapiques, cohetes y voladores, frente al domicilio del que iba a recibir el último viático. El Cuasimodo de la parroquia de San Miguel Arcángel se hizo famoso por los "cuadrinos", y el cura don Miguel León Prado seguramente entró en la historia, por lo menos electoral, pues todo el barrio del Matadero y del Camino de Cintura Sur pa-

saba por ser feudo suyo y a su guisa hacía y deshacía elecciones con tirós menos inocentes que los petardos del primer domingo después de Pascua de Resurrección.

En Semana Santa habíanse suspendido todos los espectáculos, siendo el último “La P. y M. de N. S. J. C.” Se había detenido también el tránsito y habían salido a la calle los “cucuruchos” o nazarenos pidiendo “para el santo entierro de Cristo y la soledad de la Virgen”. Las campanas fueron reemplazadas por “matracas” o carracas. El “Monumento” se le visitó el jueves en cada templo, pues rivalizaban en su ornamentación y las “Estaciones” consisten en recorrer los pasos del Vía Crucis. Hay que confesar que chicos y jóvenes iban más bien a ejecutar herejías, como pellizcar a las beatas o prenderlas de a dos por los mantos, pues era esa la prenda femenina imprescindible para asistir a la Iglesia. Se los ponían las chilenas con un estilo diferente a las “tapadas” del Perú y las clases sociales, igualmente uniformadas, se dividían, sin embargo, en mantos bordados de la China, de espumilla de seda, de velo de monja y de merino verdoso. Todavía llevaban las señoras alfombras de misa, almohadilla en substitución al reciente “polisón”, heredero de la crinolina, y botines con elástico, de satín en colores, aunque nunca negros. La abuela de Cristián se avergonzaba de calzar 35; tía Elena, la viuda del héroe Thomson, calzaba 28, pero era limeña y con su corpulencia sobre tan débiles soportes casi no podía andar a pie. El pavimento tenía por lo demás, tantas desigualdades que aún en coche se llegaba molido y zangoloteado, y como

había mucho barro en invierno, los colegiales sudaban dominicalmente lustrándose el calzado con un betún de hueso, que se empañaba con la humedad y nunca sacaba brillo. Era un gran día el domingo y nadie dejaba de endomingarse, es decir, de lucir ropas dominigueras destinadas sólo a ese día o los de entierros y fiestas. Los caballeros se vestían de levita y sombrero de copa; los jóvenes, de hongo, con guantes color patito; pero aún no se admitía el uso de los botines o polainas. “A de Géry” debía imponerlo más tarde; mas, cuando “Tatín” de vuelta de Europa quiso imitarle, un grupo de esos terribles “futres” del Centro lo metió a la fuerza en un coche y lo hizo ir a quitarse aquel escandaloso atavío. Cristián también innovó revolucionariamente usando chambergo y una corbata flotante, causa de muchos disgustos. Sigilosamente se acercaba alguien a tirársela de las puntas u otro con la mejor intención, le aconsejaba entrárselas debajo del chaleco. No se consentía ninguna fantasía y la melena de Balmaceda contribuyó sin duda a desprestigiarlo. Sin embargo, se permitía no se sabe por qué, acaso como desahogo, uno que otro tipo excéntrico del cual forzosamente habrá que hacer recuento, pues acaso influyeron como nadie en la formación de este cerrado clan vizcaíno. “Yo sé —le dijo una vez Unamuno a Cristián Delande— lo que son ustedes chilenos: *vascos en libertad*, y un vasco libre es un elemento desencadenado de la naturaleza”.